



La Piel de los Silencios

CARLOS FRANCISCO PALMA URBANO

La Guayacana – Tumaco – Colombia

carlosp541@hotmail.com



I

Todo rasgo de la soledad es miseria
Después de un instante
O de cien años.
Es ese mismo vacío que heredó el silencio
Es ese coagulo lunar
Que arde en la noche.

II

Debajo de mi piel hay un refugio.
Puedes pisar mi alfombra
Recubierta de una capa fugas de musgo.
Podrás ascender por mi frágil escalera de osteoporosis
Y navegar descalza.
Descubrirás mi máscara
Y mi anclada libertad
No podrá soltar palomas blancas.
Y el eco ronco de la campana rota
Estallará en los desafinados tímpanos del miedo
Y tú
Explayarás tu risa
Tu tacto
Y tu hermosura;
Y yo
Desnudo como un ángel
Que no tuvo conciencia ni Dios alguno:
Germinaré en tus labios otra vez
Y ascenderé a los reinos del fuego y el pecado
Y beberé en tu ánfora la alegría de estar solos
En la eterna soledad de los silencios.

III

Bebo mi grano de sal en algún puerto
Donde la brisa descalza
Mece al árbol en flor
En su capullo
Y el frío de la casa
Peina su sombra ¡sólo!
Danzo en círculos
En rituales paganos
En breves alianzas
Al interior del viento.
Pertenezco a la lluvia
A su liturgia de agua
A los espejos rotos de la niebla
A las acuarelas del horizonte
Que el mar trizó
Y que el mar contuvo.
Soy de los párpados de la montaña
Del río que afuera brama
Como un hombre tendido
Sobre un abismo de piedra.
Me conmocionan los rincones
Desiertos de la casa
Los gestos heredados del silencio
La risa gastada detrás de cada
Puerta.
Hoy, ya no estás entre el follaje verde
Que me cubre.
Recorro tu última huella
Entre los espirales de humo
Que aún me quedan

Y éste cielo azul
Tendido en el paisaje.

IV

La piel
es un escurridero de adioses
de lágrimas
un extenso maderamen
donde recitamos contra viento y marea
los besos olvidados
y por dentro
la sangre caliente
nos empuja a callar
nuestro propio yo
con gritos salivales
con escupitajos de otras bocas que besamos
en un largo atardecer...

La piel
es una frívola banalidad
que no le guarda secretos a la vida
ni a las cremas cosméticos;
nos sumergimos en ella
en los terrenos baldíos de la imaginación
sin contar ni siquiera nuestros huesos
en el fondo de todos los abismos:
¡el nuestro!

Donde no somos más que gelatina y cáncer
que agua sal y eses
un grito insospechado
donde no cabe palabra alguna

Carlos Palma Urbano

sino lástima
y una burbuja de silencio
por lo que alguna vez fuimos:
piel y sospecha.

V

Somos
Dos niños arracándonos la piel
Más allá del deseo y el asombro
Una sombra lunar
Que protege toda luz
Y toda sombra.

Somos dos necios invitados a una fiesta de sordos
Donde el amor no existe
Y donde aún:
La indiferencia crece.

VI

En el ensimismamiento del yo
Nadamos por precarias banalidades
En la arena del deseo
Alimentamos el alma con promesas imposibles
Y cuando la ausencia aumenta en el aire
Como un denso perfume:
La noche taladra sus rencores.

No volveré a pasar frente a un espejo:
Su silencio me absorbe.
El espejo:
Es también un milagro de luz

Que oculta mi ignorancia
Y la larga letanía de mis equivocaciones.
Mis ojos son un río de miradas ausentes
De dudas.
Tú, simplemente fuiste mi liturgia y mi resignación
Y la paz
Que no pude encontrar en los áridos espíritus del gozo

VII

Camino sin andar
Por la aridez de tu piel y de tu olvido.
No es necesario desnudar el alma
Para recostarnos sobre la noche cómplice
Y llegar sin prisa
Al grito fragmentado de las piedras
Al decapitado zumbido del agua
Que arrastra su danza final a las orillas
Y otorga mimbresías a los espejos.
Debajo de la piel de cada piedra
Hay otros cielos que no usurpan la luz
Hay pájaros negros que no duermen
Y que rondan las esquinas
Los postes del alumbrado
Y vigilan la torpeza de los ebrios
Que esperan al tren de media noche
En las estaciones vacías
Debajo del frío de una luna muerta
Que alberga cuerpos de risa mutilada.

VIII

Este techo me lee
Como a un libro de hojas amarillas.
Clava sus ojos penetrantes
Me escruta
No me pregunta por la soledad:
Ha resuelto
La mezquindad de la ausencia.
El viento tiene manos frías
Puedo asegurarlo
Y escribe canciones de lluvia
Y de nostalgia.
Los largos ventanales
Guiñan a la oscuridad
Y el mar afuera
Recicla sus tsunamis.
Este techo me lee
Descascara el árbol interior
Y borra las distancias entre mis manos.
Este techo me lee
Sobrecogido en su espanto.

IX

Anclado, sumergido en tu cáliz,
Bebo un crepúsculo blasfemo.
Ignorado en la profunda soledad de un centinela
Pulso la noche
Afino un arpa
Mido desiertos de sal y aceite
Que manchan la ebriedad de un mundo nuevo.
Sobre mi espalda:

En viento impele la canción del árbol nuevo
Y ofrenda al huerto
Un pacto de frutos y alegrías recientes.
Una aguja atraviesa los espejos
En el jardín de los insomnios
Y el mundo nace lento
Sin presagios;
Su letargo es una cadena de silencios continuos
Que aguardan a la aurora
Con luz agazapada.
Anclado, sumergido en tu cáliz
En éste huerto las pequeñas tempestades
Fisuran la intocable herida de los siglos.
En el jardín de los insomnios
El agua inmemorial baña la tierra
Rastrea la noche
Lame las arterias del dolor
Y clava su cuchillo sobre una rosa muerta.
En el jardín de los insomnios
El tiempo perdió la gracia de ascender por las paredes;
Dejó al abandono sus gestos
Su amorfa soledad
Huye descalzo
Recorre las aldeas como lobo estepario
Y muge y toce
Y restriega su alarido
Sobre los cuerpos sumergidos
En el agua alucinante
Que no pudo regar hoy los jardines.

X

Vuelvo a la sal
Al grano amargo del sudor sobre mi frente
Transfigurado que los ojos que me habitan
En las revelaciones del fuego
Que por dentro quema
Y expanden mi memoria
Hacia un espacio de luz
Al capullo estelar
De alguna flor hundida
En la metamorfosis del tiempo
En la feroz resistencia de mis manos.
Organizo una casa entre los árboles
Con las piedras que las tribus ya no cargan
Y el agua febril que el río me otorga.
Beso las cordilleras del sur
Que a mi espalda florecen
Y rastreo el útero de la tierra
En la otra orilla
Donde las sombras sembraron sus cicatrices
Sus mares muertos, sus hordas y silencios.

XI

La noche es un viejo campanario
Una vasija
Un párpado
Una piedra dormida dentro de otra piedra
Un canto equinoccial
Un sueño leve martirizado
Por lianas de algodón
De alguna rosa muerta

El lento descansar de una mano dormida
En el espiral profundo del desierto
Y el viento de la noche que es sabio
Eleva en forma de lluvia su tormenta
Y me arrincona detrás de los muros
Donde los dioses abandonaron su arrogancia.

Afuera

La noche arde en el patio
Entre las teas de todos los caminos
En el lugar inoculado que no tuvo mañanas
Y me agregó al silencio de todos los
Humildes.

Aquí, el amor duerme
Y retuerce su cuerpo
Entre cenizas de odio y de pecado.

XII

En el silencio
Como en toda soledad:
Hay voces por siglos sepultadas.
Una...y otra vez...
Y tanta tiza borrada en el tablero.
La arquitectura guardada bajo el muro
Todos los horizontes
Que el mar trizó y que el mar contuvo
El largo funeral de su soberbia
Y el reloj
Que gira inverso a la razón
Y yo:
Vaciándome hacia adentro
Hacia la incesante plenitud del ser
Y su hojarasca.

Y aquí estoy odiándome
Tocándome
Asintiendo que la libertad tiene nombre de pájaro
Y que en la ventana oscilante
Se expande con la niebla
Con éste aire pesado
Que libero alrededor de la casa.
Aquí el sol
Guarda su eternidad en las paredes;
Y alguna vez:
Sufrimos “ de la peste del insomnio “
O flotamos en el aire
“ en la callada sudoración de fragantes rosas “
O guardamos “luto sin muerto “;Anduvimos descalzos
Por aldeas miserables
Y levantábamos espigas
Y en la tranquilidad de la sala:
Dibujábamos “ pescaditos de plata “
Para la orfebrería del sueño
Y ya extenuados:
Bailamos con la brisa y sus polleras de holán
Y regresábamos tarde
Muy tarde cuando la lluvia caía
Para lavar sus muertos
Y cerrábamos los ojos
Porque no había nada más que ver
Nada que soñar ni que contar.

XIII

No hago más que reinventarme
Y sacudir la casa por todos los extremos
Donde la tierra es polvo

~ La Piel de los Silencios ~

Y me recuerda que tarde o temprano
A ella debo volver
A germinar en los surcos
En una diminuta flor que crece
Alrededor del huerto.
Y mi sombra
La que no cree en eufemismos:
Aún me protege
En su continua respiración
Debajo de su atmosfera
Con “ esa piel de musgo tierno”
Que los años no han logrado exterminar
De su barbarie.
Intento incorporarme en el paisaje
Y hay árboles gigantes
Y grandes nubes
Y ríos y pájaros cantan con delirio
Y el aire es turbio
E inmensamente ajeno.
Dios quedó petrificado en su reino
En la misma habitación de su silencio.
Recorro los acantilados
Detengo mis ojos y mis manos
Sobre la tierra húmeda
Y reconozco el agua
Que engendró en los niños
La ternura de las piedras
Y hoy son hombres sin nombres
Con “ tufo de animal dormido”
Recubiertos “de espumarajos verdes”
Y con “ el doloroso aspecto
De tierra arrasada”.

Me reinvento
En el agua acorralada del espejo
En la inquebrantable quietud De su remanso.

XIV

Yo soy esa sombra que grita.
Las moscas zumban dentro
De las ruinas que de mi quedan
Y buscan el sonido estridente de mis labios
Y hacia adentro.
La lluvia cae con insistencia
Y gota a gota
Perforan mis oídos
Lavan mi boca putrefacta y abierta.
Mi lengua
Partida por un rayo
Aún quiere salir de su soberbia
Y escupir las cicatrices
Que curaron los años y el olvido
Y mi alma aún adolorida
Sigue dispersa
Buscando entre las cruces de oscuros cementerios
Palabras nuevas
Y en el gesto redondo de cada amanecer
Encuentra su consigna:
¡Vencer y amar!

XV

Algún día tendré el coraje de amarte
Con todas mis debilidades
para entonces:

Las sombras no cubrirán mi desnudez
Ni mi espejismo.
Y tú:
Te bajarás de esa nube
De oscuras fantasías
Y caminarás conmigo descalza y en silencio.

XVI

Adherido a la nada
A la desnudez y al silencio.
Cerca de algún Dios soberbio
Que acumula sueños
En el umbral de las metáforas
En los altares rústicos del tiempo
Donde cada cuerpo estruja su materia
En su oxidado limbo.
No soy ningún límite ni excusa.
He replanteado las obsesiones y las dudas
Y he mutilado el grito
Que nace en cada noche
En el patio de enfrente
Donde la sombra crece
Y borro accidentalmente
El vuelo fugaz de alguna mariposa
Que cruza por los espejos.
Me obsesioné con la lluvia
Que plagia sus ventiscas
Detrás de cada puerta.
He sobrevivido a la arcilla
Al pertinaz polvo de estrella:
¡Eso soy y eso seré!

Carlos Palma Urbano

Allá, afuera nace lento el mundo
Y con ojeras.

XVII

Yo también soy un río
Tendido bocabajo y para adentro.
Un río que baña tu cintura de fuego y de metal
De arenales
Y profundos bosques donde un potro galopa
¿Y no me reconoces?
Soy un río silencioso
Con uno y mil nombres
Con una sola bandera clavada en cada orilla.
Con mis manos dibujé en su arena
El nombre de mi patria
Y su ambigua soledad abrió sus puertas:
Sus hombres taciturnos corrieron conmigo
En la blanca espuma
Y me ofrecieron el pan solidario
De todos sus trigales.
Yo soy también la flor con su aroma
Tatuado en los harapos
De esta América, hija y hermana
Que nació en los Andes
En la piedra misma
En la arcilla
En la madera
Y creció en tus ojos
Y abrió los caminos
Y liberó al fuego y al metal de sus cavernas
Y descendió hasta las entrañas invisibles de la tierra
Y con la lava volcánica

Insuflaron vida
A tanta oscuridad y ventisca.
Yo descendí hasta ti
Hasta perderme en ti
¡Oh, patria mineral de pies descalzos!
Hay algo que de ti, yo tengo
Algo que en ti me llama
Que vierte por mis venas
Que me empuja y me corroe
Algo que canta y grita en mis palabras:
Este corazón de isla desierta entre colinas de humo.
Yo solamente soy un río
Que percibes en tú almohada cuando duermes.

XVIII

Ella no sabe de la lluvia
No conoce cielos ni Dios alguno.
Es dueña de la noche
Enreda quimeras en el aire
Y como por arte de magia:
Conoció la ausencia
En una habitación horada y húmeda
Que construyó el silencio.
Ella suelta mariposas amarillas en el huerto
Y canta canciones de cuna
Y desata incendios cuando la noche avanza
Cuando la sombra ebria galopa en el paisaje.
Todos somos agonías...gestos vencidos...
Muy lejos de la sangre
Y escamotean las fronteras
Junto al mástil erecto de todos los caminos.
Ella danza con la lluvia que inventaron mis ojos.

XIX

Los días eran azules en la infancia
Y arropaban la carne
En el frío vientre del patio
Y como en todas las miserias:
El silencio fingió de compañía
Y escribimos memorias prolongadas
En largas conversaciones cerca al fuego.
Hoy: sólo hay ventisca
Humo disperso
Y el encorvado cuerpo grita petrificado en las paredes
Del sonámbulo río que también nos vio crecer
Con el aire limpio
Y la sonrisa ahora esconde sus huellas
En las más altas proximidades de un faro
Y de la flor de agua que nació en los labios
Para sellar por siempre
La libertad del sueño.

SEGUNDA PARTE

XX

Me siento a descolgar del silencio las hamacas.
Los inseparables días
Detienen el alba
Y beben de mi sal en la otra orilla
Junto al río
Y a otros destinos
Y la memoria pertenece a otro lugar
A otros vórtices
Y de nuevo zumban las abejas
Por el jardín de marchitadas flores.
Me he quedado a la sombra
Debajo de tu piel
Doblando la última caricia
Como camisa vieja
Junto a la ventana invadida de recuerdos sombríos.
Hay nubes de moscas lamiendo
La última huella de tu ausencia.
Espero la noche
Donde la oscuridad guarda mi espacio
Mientras te escribo cartas con tinta prestada
Y las palabras cambian de lugar
Sobre una página en blanco.

XXI

He permitido al tedio
Que merodee mis gestos
Y a estas palabras rojizas casi obscenas:
Que muerdan las hojas secas de las tardes
Que rastreen mi estatua de sal
Que muy dentro de mí:

Hay un abismo
Debajo de la piel
un desolado grito hecho tormenta
Que me domina y me arrastra
Contra los oscuros ventanales de los vicios
y muerde y me recuerda:
Que no soy el agua pura del riachuelo
Que soy un reloj de arena
En el postigo incipiente de los días
Que mis huesos crujen como bisagras oxidadas
Que mi casa es un cementerio
De la microfísica del desvarío
Y está llena de gestos
De canciones con aires de noctámbulos
Que un perro lame con lástima
Las múltiples heridas del asfalto;
Que yo
No soy yo
Que vivo encerrado en cada isla
En la levedad de todos los silencios
En el agusal podrida de los años.

XXII

El tiempo no habla
Los siglos caminan solos
Y acumulan sus derrotas....
.... Y así hemos crecido:
Oxidados en la mixtura de quehaceres domésticos
Esperando un viaje iluminado por cielos intensos
Amando un sueño de regreso hacia el maíz
Amputando al hambre
El breviario de los desamparados.

Afuera:

La noche arde en el patio

Y los árboles del parque caen apedreados por pájaros suicidas.

El tiempo escribe

Y me recuerda:

Que las cosas que hoy tengo de ti

Las aprendí en tus ojos

Y que la noche también escribe

Y cubre con la oscuridad sus soledades.

XXIII

Reinvento esta tarde junto al río

Y ésta atadura de vientos

Que soplan y resoplan con rudeza

Y llevan y traen

Y deshilachan la sombra de mi sombra

Y crean el caos

Y la fuerza del grito

Retumba en ecos

En miserables súplicas de auxilio

Y mi voz entrecortada cae sembrada

En espigas de agua y de coraje.

Y como la orilla es al río:

La música es a sus orígenes de agua.

Voy rodando por la tierra

De piedra en piedra

Por las arterias del dolor

Con el rudo escalofrío de los silencios.

De su fragor nació la libertad

Y creció en mi canto

Y en torno mío:

Los pájaros vuelan

E inventan un canto nuevo al infinito.

Amo ésta tierra y éste río

Y me hablan de sus náufragos.

Mi ambigua soledad es sólo brizna

Atada a la cintura de las playas.

Tú y yo

No somos más que árboles erectos y fecundos

Hacinados a la noche pútrida

Y a sus menguantes

Atados a la argamasa de todos los diluvios

Sin fe ni resistencia.

XXIV

Sobre la vieja silla de los espectadores muertos

Con esta poca prisa gastada y hacia adentro

Admito que la eternidad sin ti:

¡No existe ¡

Que las hojas secas del patio

Vuelan aún colgadas del silencio.

La lluvia toda está aquí tendida

Represa mis ojos

Y me limpia de todas las ausencias;

Exorciza a los cuervos que me habitan

Lejos de lunas hipócritas

Cerca del ruido que enseñaron mis manos y tus ojos

Cerca de ti:

En tu infinito olvido.

XXV

Útero verde es mi aldea

Cáscara recién diseminada.

Tierra en la que el metal vertió sus yacimientos
Ancha hoja fosforescente
Como el día y sus raíces.

Yo vi la noche germinando en sus tesoros
Su salvaje verde domina la llanura
Hay polen en las extremidades del hombre subterráneo.

El vigoroso viento levantó
Un vuelo interminable
En mi aldea milenaria
De exóticos lugares.
Yo subí sus montañas
Y allí clavé mis ojos;

El origen del fuego nació de su espesura
Y barro y piedra rodaron por bodegas
Por mansiones nutridas del maíz
Y la madera como un tesoro verde
Germinó en las harinas
De ésta tierra sin nombre

Y trepó con sus bestias cargadas por las sombras
Y arrulló madrigales
De donde vertían los sueños:

Los silenciosos intersticios del hombre elemental
Besan la luz como a su germen
Y devuelven flores y vidas
A los altares profundos de mi patria.
Yo canté arrodillado

En la tierra de mis hermanos;
He amado tantas veces su cintura
Que una lámpara brilla
En los territorios labrados por mi sangre
Y subí hasta sus últimas montañas

También hechas de sueños.
En todos sus manantiales abrí sus puertas
Y establecí los innumerables gritos
Que el río hace en el sur
Y liberé por siempre el llanto sumergido
De los recién paridos
Felizmente en el sur.

XXVI

Debajo de la piel no soy el mismo
Como la ronca campana en el fondo de algún lago.
Soy el olvidado
En su desnudez y soberbia
Quien cierra los ojos para morir un poco.
Harto de volver al mismo pantalón
A la eterna sucesión del agua y el jabón
Al correteo de las horas y los días
Que van naciendo solos.
No soy el mismo
Y no me pertenezco
No me escucho.
En mí nacen otras vidas
Como del cielo azul caen otras lluvias.
Me condenso en los estambres de una flor
En la abeja que zumba con su miel milagrosa.
Recojo de todos los caminos
Las alfareras notas que traen los riachuelos
Y transcurro desnudo entre árboles y pájaros
Y toda esta apariencia de bondad que se impregna:
Es solo transición de las horas que pasan.
Me acerco otra vez a la sagrada espuma de los ríos cuando crecen
Y comprendo el murmullo de los labios que gritan.

Mi afinidad con la vida es a lo irreal
Al desquiciado día
En que tu vida fue mía y también tu tristeza;
Anduve y desanduve entre tus párpados
Descalzo entre tus manos.
Viví tu vida en medio de la mía
Y entre odio y adioses la vida va ganando
Entre voces teñidas de hojarasca
Y lugares marcados por mis besos.
Estoy refundido entre todos los caminos
Con la lámpara infinita
Que aún guardan tus ojos.

XXVII

Recojo la epidermis que queda en el asfalto
Como huella muda de todo lo callado.
Descubro tu aridez de sombra calcinada
Y se pierde mi vida en el ocaso:
Corriendo ciegamente con la muerte
En todo grito
En todo eco
Azotando viento y ventisquero
Y moriremos juntos
Extinguiéndonos en la callada voz de cada piedra
En la honda herida
En el azote del río y su marasmo.
Moriremos juntos bajo una húmeda estrella
Levantaremos los brazos como aspas.
Juntos hemos perdido esta guerra
Enlodado el alma en los terrenos baldíos con las heridas abiertas.
Vengo del sur a morir en tus brazos
Mariposa infinita

Entre mis dedos salvajes;
Vengo desparramando arados
Temblando
Llorando
Rompiéndome los ojos
Alucinando en las tardes
Con el interminable ruido de tus manos.
Mi avidez rompe muros
Y mis pulsaciones destruyen islas
Y acumulan palabras.
Te voy pensando largamente por la playa
Gritando entre la brisa y los pájaros
Y vuelve a mi memoria
Tu imagen de lámpara encendida:
En ti sembré el silencio
Entre surcos y lágrimas
Y el tiempo sepultó
Junto a mí su campana.
Hemos perdido los últimos crepúsculos
Y éste abandono es mío
Y sabe a dolor o muerte.
Y la marea más alta
Cubrió toda la casa
Y la honda cicatriz
Y también tú recuerdo.

XXVIII

Los versos encontrados una y mil veces
y otra vez...
Sobre la inmensa travesía del desencanto.
El puerto asimétrico sin faro y sin barqueros.

El río que lento gime
Y con su meandro fosforescente
surca los muelles.

La alta noche ataviada de estrellas y cocuyos.

Esta espera profunda
que se esparce detrás de las ventanas.

Tu larga cabellera acumulando soledades

Los desencuentros del día frente al mar y su borrasca.

Los insomnios que urden lejanías
sobre una pared hecha de bruma.

Tú y yo, anonadados por la brisa.

La luz tenue que resbala en los espejos.

El canto de las aves

y su manera temprana de saludar el alba.

Tú y yo, ese sendero o tal vez milagro
que forjaron los caminos.

La casa abandonada

donde el cielo se olvida y se recuerda.

La insistencia del eco

atrapando la sonora alegría que trae el agua.

Tú y yo, sumergidos otra vez en la tácita desolación de los impulsos.

Retorna la tarde ingenua

con la mágica visión de los espíritus.

Vuelvo a tu mente entre las ramas
que crujen como un nuevo día.

Vuelvo a ti, a la senda de tus manos

a pulsar el arpa de los sueños

a gemir desnudo entre tus brazos

que horadan toda luz y toda sombra.

XXIX

La lluvia humaniza los alardes del agua
Que corre intocada
Como arpa tendida bajo tierra.
Todo es sólo murmullo
Música suave
Y aunque no estaba escrito:
Se ha ido cumpliendo
Como el día es a su tarde
A sus párpados húmedos de luna
A sus menguantes
Y en torno a mí:
Una palabra canta con el rigor del viento
Y prodigiosos árboles
Nos mecen
Mecen su voz ronca
Y crece como espiga reventada en mis labios
En los valles leves de unas manos salvajes.
Yo amé una voz cerca del río:
Un grito suave de mujer
Unos ojos fulgentes como estrellas
Y a un cuerpo fugaz
Yo los amé
Y allí sembré mis pasos
Con mi voz natatoria
Que va
Que vuelve
Y recorrimos follajes adheridos al viento.
Yo amé unas blancas manos
Una frente silenciosa
Besé en el valle de hierbas

De piedras
Y de sombras
Y su palabra aún mece la tierra de mis hijos
Que amara intensamente
En el país del sueño.

XXX

Hacia atrás, hacia el ayer, hacia tus ojos.
Me he extinguido en el destino, en la nieve
en la inseparable y dura substancia del recuerdo
en la flor que sembramos oculta en la distancia como ruego.
Hui tantas veces de tus brazos y regresaba de incógnito.
¿Cómo pude repetirme tantas veces?
De tarde en tarde, girando, dando vueltas
persiguiendo la sombra de mis manos?
miro hacia atrás, hacia el ayer:
sólo burbujas, tardes tristes amarradas al largo funeral de las fotografías.
Desteñido en el tiempo. Impávido. Olvidado.
Soy un molino de viento que no para de girar
de tarde en tarde, girando, dando vueltas
buscándote en las salas
en los oscuros dormitorios
en las paredes anchas donde aún respiro este aire nuevo.
Establezco una aurora alrededor de ti
y un nuevo día circunda de soslayo sus plegarias.
Soy un río que rompe la geografía inhóspita
que cubre los vacíos, lo inesperable, lo inasible.
Soy un grito encadenado a tu cintura.
¡Oh tierra mía!
tierra donde la flor soñó nuevos perfumes.
Estoy palpando las horas

sumando imágenes secretas a tu nimbo.
Por ti hice retroceder el viento en la parcela
y repetía mi mirada en tus ojos.
¡Oh tierra mía!
Por ti hice señales de vaho bajo los puentes
en ti sembré mis frutos más preciados
y un instante: me diste larga vida
apartaste la ceniza del fuego
y diste voz a mis palabras;
hiciste retroceder la máscara confusa del espanto
y yo pude encontrarte sola entre la bruma
como un río que a goterones largos se desgarró
como el arrullo que a mi voz consuela.
Saltando, girando, dando vueltas
más allá del aire delgado que ahora sopla
más allá del cometa que inventaron mis ojos.
Estoy perdido, simplemente perdido
sumergido en la laguna profunda
de los sueños aún no soñados
¡ahogado entre tus labios como un grito!

XXXI

Duermo entre la luz de tu asombro.
Me acoge la sonrisa del desolado surco
Y entre espiga y espiga:
Regreso al rincón anestesiado de la casa
Al lugar común de anchas paredes
En donde aún:
Los pájaros cantan
Sobre la estatua de sal
Que construyó el silencio.

... y el viento que todo lo mueve
Escarba palabras perdidas
Entre la soledad del huerto.
Todo es aquí misterio:
Voces roncadas dentro de los árboles
Un racimo de máscaras
Uncidas a las sombras
Y el hombre subterráneo
Desgrana su maíz en silos de oro
Y sus voces transparentes
Asumieron la fuerza de mi insondable campana.
Todo es arrullo y canto
Sobre el trigal y el río
Que mecen presurosos
El fuego y el metal.
Yo, aquí amé tu voz
Que es germen y es paisaje
Y amé la flor del viento
Modelada en mis manos;
En la espesa llanura me cubrí con la bruma
Y forjé en las montañas
Mis pasos uno a uno.
Todo es piedra y arcilla
Escalofrío o relámpago
Lágrima o estambre.
He llenado caminos con tu voz misteriosa
Hoy vengo a descansar
Desnudo entre tus brazos.

XXXII

Ahogo este silencio cómplice
Esta parodia mutante que me

Arrastra
Que me tira al otro lado de la
Puerta
Más allá de las falacias y las
Murmuraciones
De los gritos que arden por dentro
Debajo de la piel donde me
Escondo
Donde la noche muerde lo
Prohibido
Y me habitan las sombras
Las señales
Los gestos
Y la tristeza inmóvil, no se
Inmutan
No parpadean.
Todo es oscuridad dentro de mí:
Soy un desierto frío
Un témpano que simplemente grita
En el propio muladar de sus
Contradicciones.
Soy un fardo elaborado entre
La espesa niebla
Desgastado en horas seseantes del olvido;
Un barco a la deriva, eso soy
Un animal dormido en su
Hojarasca
En su penumbra vasta y quebrantable
Y me hundo en la sonrisa
Entre tus ojos
Eso soy para ti ya calcinado:
Un recuerdo undívago y lejano

Carlos Palma Urbano

Esa lágrima hipócrita que rueda
En el abismo del todo y de la
Nada.

XXXIII

Esta patria olvidada
De hombres taciturnos
De ciudades vacías
Se extienden en mi atmosfera
En mi fuego
Como una flor arrugada
Hundida en los estanques del óxido
De lágrimas;
En la ronca geología de los arados
En la espiga y el viento
En advenimiento de muchos soles y mañana.
Yo, de aquí partí: ciego de cólera
Odiando al odio
Agonizando en un papel
Desgarrándome en escrúpulos.
Y mi campana rota
Es la misma
La insondable;
La misma
Como la gotera constante de la casa.
¿De qué te puedo hablar?
Humberto, Pablo, Esteban?
La poca Luz deshilachada
Se recoge manchada a la vuelta de la esquina.
La libertad es una red tatuada
De escalofrío y silencio
De falsos positivos

Y mi palabra se hunde como una catedral en tus oídos;
Encadenando la ira que por dentro crece
las muertes falsas
Como el ventisquero
Y el espiral de humo y la mortaja.
Estoy encadenado a la rabia sin máscara
Al árbol genealógico de los desamparados;
Vivo y muero en el conteo y recuento
De hechos perdidos
En la miseria
Encendiendo lámparas
Soñando sueños de inocentes caídos
Encendiendo teas en todos los caminos
Escribiendo en el suelo sobre la misma tierra
Rodando sobre la misma piedra
Cantando... llorando...
Llorando tu muerte y la mía.

XXXIV

Alucinado en las tardes
Descifrando líneas imaginarias
De fronteras invisibles;
Con los ojos pegados al techo
Deshojando una a una
Las maravillas de Ámsterdam;
Hablando sólo
Divagando en la extraña fascinación de lo etéreo.
Camino de principio a fin esta soledad
“entre veinte chozas de tierra
Y caña brava renegrida “
Y allí:

Instauré mi jardín
Y sembré el tedio en el patio de la casa.
“Todo tiene vida propia “
Excepto la nuestra
Aseguraban los profetas
Que extraviaron su rumbo
Y vaticinaban el futuro
Y con sus grandes espejos:
Cambiaban de lugar las matas de geranios;
Los colores del arco iris
Nos sirvieron para surcar la tierra.

Afuera

La noche arde en una extraña sudoración de asombro.

Mi aldea:

La guayacana y por efectos de la neblina
Se torna como una gasa
Alrededor de la luna.
El bosque reinventa sus ataduras silenciosas
“con sus huevos prehistóricos “.
Junto al río
Y con el agua de aspecto blanquecino
Arrastra la gran carpa
Donde se pronostican las lluvias.
Los Dioses aquí tienen
“forma de hombres con caras imantadas “
Y habitan en sus propias cavernas.
No logro liberarme
De éste pesado yo que me domina
Que quiebra mi forma física
Que me apacigua
Y me enseña:
“que la soledad y el olvido son vicios del tiempo “

XXXV

Adherido a la noche
Al último peldaño de los sueños.
Descascaro la risa
La subterránea caricia que me abraza bajo esta piel oscura;
Recojo sus mantos
La inseparable forma de callar y continuar su fuga
Como gota de agua transparente
Que gotea en la memoria de los siglos
Sin semillas ni vientos
Sin delirios ni alianzas con el eco.
Detengo la puerta solitaria
Que triza los crepúsculos
Las escaleras de humo
Y el umbral del olvido y el silencio.
Todo termina en la oquedad de voces clandestinas
Entre acantilados y el vuelo de los pájaros.
Hay una flor para cada olvido
Y para cada olvido:
Un eslabón de arterias rotas
De gritos lanzados al vacío
Donde la piedra muerde
Y estrella contra los árboles sus cenizas
Ciegas de ira;
Sus sombras
Y el canto sórdido
Sobre la piel irisada de mis manos.
Destierro el agua y el deseo, las hordas avaras.
Despojo los pétalos de una flor dormida
En las proximidades del odio
En los siniestros territorios del fuego



Carlos Palma Urbano

O en la semblanza gélida del viento.
Aquí erosiona mi isla desierta.
Me inclino al espejo de tus ojos
Y el agua corre y lava
La soledad de los de adentro.
Derramo el silencio tendido
En los profundos mares que me habitan
Y la insoportable multitud de bálsamos
Que destila el cielo
Encorvado en cada esquina
En la telúrica noche que me abraza
Y la danza final del sosiego que llega.

